

# APERTURA DE CURSO

1971 - 72



UNIVERSIDAD DE NAVARRA

PAMPLONA







# APERTURĂ DE CURSO

1971 - 72



**Palabras pronunciadas por el Rector Magnífico  
de la Universidad de Navarra, D. Francisco Ponz**





Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,  
Claustro académico y alumnos,  
Señoras y Señores:

Si durante siglos se ha tenido a la educación como un preciado bien personal para quienes deseaban y podían alcanzarla, hoy se la considera como necesidad social y de ella se esperan soluciones a múltiples problemas. Hay diferencias en cuanto al signo que se piensa vayan a tener estas soluciones, pero es general la coincidencia en apreciar el significado decisivo que corresponde a la educación en la configuración de la sociedad futura y, por tanto, todos reconocen el deber ineludible de prestarle una progresiva atención, de modo que al ganar en extensión y en calidad se haga posible una convivencia social más justa y grata.

Ningún intento de perfeccionamiento educativo será no obstante fecundo si no se apoya con carácter básico en el educador, en su rectitud de criterio, su ilusión profesional, su constante afán de superación en conocimientos, métodos y realizaciones. Estas condiciones vienen a ser elementos constitutivos de la auténtica vocación a la actividad educativa y se dan en la inmensa mayoría de los casos, aunque también sean siempre susceptibles de mejoramiento.

En este sentido, para cualquier buen universitario, la apertura de un curso académico aparece como nueva oportunidad para rectificar pasadas deficiencias, renovar y mejorar la tarea que le es propia, conseguir mayor calidad y eficacia en la actividad educativa en que está integrado y a la que profesionalmente se dedica. De otra parte, cada año las ciencias que cultiva avanzan, los sistemas didácticos se enriquecen, la experiencia sedimenta, los alumnos cambian, diversas otras circunstancias varían y todo contribuye a que un nuevo curso resulte en gran parte distinto, irrepetible y se ofrezca en sus comienzos cuajado de esperanzas.

Hoy, además, la Universidad de Navarra inicia por vigésima vez la andadura académica, por lo que a su término habrá completado los veinte años de vida, edad que, aun cuando joven, supone mucho esfuerzo acumulado de todos: de los que vinieron primero, de quienes llegamos después, profesores, empleados, alumnos y de cuantas entidades y personas han participado de diversos modos en hacerla posible. Tanto trabajo aunado nos obliga y responsabiliza hacia el futuro para conseguir que la realidad viva de la Universidad de Navarra se aproxime con creciente fidelidad y del modo más cabal al ideal que todos pretendemos, conforme a su razón de ser y a su genuina naturaleza.

Formar parte de la Universidad, cualquiera que sea la actividad respectiva, implica estar decidido a co-

laborar leal y gustosamente en la tarea de hacer realidad sus fines de servicio en el ámbito de la educación superior: facilitar la preparación humana, científica y profesional de los alumnos, desarrollar el cultivo de los saberes y la creación de nueva Ciencia, tratar de elaborar una síntesis de la cultura que armonice la necesaria especialización con la unidad que deriva de la vocación social y espiritual del hombre; y todo ello, inspirándose en una concepción cristiana de la vida, poniendo especial acento en los valores de libertad, responsabilidad y convivencia.

Así, todo el ambiente de la comunidad universitaria ha de estar penetrado del deseo sincero de alcanzar la verdad, mediante el estudio, el uso sereno de la razón y el respeto por las opiniones de otros; ha de dar lugar al desarrollo de un ámbito mental crítico ante las cuestiones académicas, científicas o sociales, con el noble intento de procurar una aportación personal positiva; debe estar presidido por el espíritu de generosa cooperación en todos los niveles y en todas las actividades.

A este fin, en todo el mundo universitario se siente, quizá hoy más que nunca, como imperiosa e indefectible exigencia, la necesidad de que la Universidad goce de la debida autonomía y de un régimen adecuado a su naturaleza, fines y peculiaridades, no para mantener cómodos aislacionismos, sino para asegurar una evolución que no prive a la misma sociedad del más propio y elevado servicio que la Universidad puede ofrecer, al cultivar para la humanidad el patrimonio de los valores del espíritu, de las ciencias y de la cultura.

En los años transcurridos, gracias al buen espíritu universitario que anima el trabajo de todos, gracias muy especialmente a Dios, sin cuya constante ayuda nada podría comprenderse, la Universidad de Navarra ha caminado firme, no sin dificultades, aunque con el aliento, el cariño y el reconocimiento de los más, ganando en confianza, realizaciones y pública consideración. Mucho hemos de aprender y mejorar, pero claro está el camino y generosa es nuestra voluntad para avanzar por él.



El curso que hoy se inicia será un año más en este caminar hacia adelante, que adquirirá sin duda su propia fisonomía. Amplia es en verdad la temática en que habremos de ocuparnos, mas permitidme que subraye solamente algunos de sus aspectos.

Por primera vez recibimos en diversos Centros a alumnos de más de 25 años que sin reunir los requisitos académicos habituales van a iniciar estudios superiores; estos alumnos reclaman del profesorado un especial asesoramiento para que, con el esfuerzo que están animados a poner, puedan alcanzar los niveles académicos necesarios.

Ha sido motivo de satisfacción que las Universidades estatales puedan constituir Facultades de Ciencias de la Información, integrando estas enseñanzas en la Universidad, tal como se venía haciendo aquí desde 1958. Y este mismo hecho nos debe estimular a un mayor desarrollo de estas Ciencias, que tan importante función desempeñan en la sociedad.

A partir de octubre de 1972, los alumnos que inician sus carreras superiores deberán seguir, salvo excepciones, planes de estudio estructurados en tres ciclos, por lo que aquellos Centros que no lo hayan hecho todavía habrán de ultimar su elaboración para que puedan quedar autorizados en tiempo oportuno. El amplio margen que deja a este respecto la Ley de Educación supone un reto a la iniciativa de las Facultades. Por lo que se refiere al primer ciclo, se ha de encontrar el mejor modo de que sirva a sus dos finalidades principales: constituir una base firme para acceder al segundo ciclo y poder ser fundamento para dedicaciones profesionales que están por definir, dado el muy escaso desarrollo que hasta ahora ha tenido la formación profesional de tercer grado.

Otro tema que estimo puede merecer nuestra atención es el de la educación permanente. Deberíamos profundizar en lo que la Universidad puede hacer a corto y a más largo plazo, para conseguir, en lo que esté en su mano, que el hombre alcance un máximo de virtualidades a lo largo de toda su vida, goce con la mayor plenitud de los valores espirituales que como persona le corresponden y mejore la capacidad de servicio que con su profesión pueda aportar a la sociedad; servicio este último que ha de estar inspirado en aquellos valores y que reclama una actualización y perfeccionamiento continuados para adecuarse a las necesidades de una sociedad rápidamente cambiante y en progresivo desarrollo científico y técnico. Acaba de decirnos el Secretario General que algo más de 2.400 personas han participado durante el curso último en programas de continuidad organizados por diversos Centros, lo que representa una base nada despreciable. Pero nos queda mucho por hacer para llegar a mayor número y, sobre todo, para lograr mayor efectividad en orden a aquellos ambiciosos objetivos.

Otras muchas cuestiones habrán de incidir en nuestras ocupaciones y afanes diarios en el curso que hoy comienza. Pero no quiero alargar estas palabras, simples consideraciones de un universitario entre sus compañeros.

La más cordial bienvenida a los nuevos profesores y alumnos; el más sincero agradecimiento a las Autoridades y otras dignas personalidades que nos honran con su presencia en este acto; y el profundo reconocimiento a las instituciones públicas y privadas y a tantas personas que generosamente nos ayudan y hacen posible el desarrollo de la Universidad.

Queda abierto el curso académico 1971-72 en la Universidad de Navarra.



**Memoria del curso 1970-71, leída por el  
Secretario General, Prof. D. Isidoro Rasines**





Excelentísimo Sr. Rector Magnífico,  
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,  
Claustro Académico y Alumnos de esta Universidad,  
Señoras, Señores:

Observarán Vds. al seguir la lectura de esta Memoria, que su estilo ha cambiado respecto al usual en años anteriores. La aspiración de relatar lo sucedido en la Universidad de Navarra a lo largo del curso que ha acabado ayer, no resulta, sencillamente, posible, porque para disponer de un ejemplar de la Memoria al abandonar este Aula, es preciso haber entregado a la imprenta el manuscrito uno o dos meses antes. De aquí que para esta ocasión haya preferido adoptar el género narrativo sin pretensiones de acta notarial y limitarme a señalar los rasgos más acusados de la pasada singladura académica, especialmente los que constituyen de algún modo cierta novedad.

De este modo atiendo también al deseo de convertir los actos académicos solemnes, en algo vivo, interesante y hasta festivo, sin merma de los fines de alentar, informar y dar cohesión moral a la comunidad universitaria, que se han propuesto tradicionalmente estas reuniones corporativas.

Por otra parte, la Dirección de Información en colaboración con los Centros, podrá cumplir su propósito de editar, dentro de pocos meses, un anexo a la Memoria que recoja con mayor precisión los datos relativos al pasado curso. Así, dispondremos hoy de una crónica breve que se limitará a trazar las grandes líneas de la vida académica durante el año transcurrido y, mediado el curso, de una reseña más pormenorizada y completa del mismo período.

## DESARROLLO INSTITUCIONAL

Si es menester señalar la faceta que ha presidido las tareas universitarias durante el pasado curso, yo diría que ha sido la intensidad del quehacer académico, sólo muy levemente afectada en algunos Centros al final de un largo primer trimestre por acontecimientos que, aunque extrauniversitarios, suscitaron con cierta viveza la opinión de muchos españoles.

La laboriosidad, la participación más o menos activa de todos en la tarea de hacer la Universidad, han sido los rasgos que vale la pena destacar, pues resumen en pocas palabras la vida de las diez mil personas que constituyeron aproximadamente, durante el curso que acaba de transcurrir, la comunidad académica: casi setecientos profesores, un número prácticamente igual de empleados, unos seis mil alumnos ordinarios y algo más de dos mil cuatrocientos participantes en programas de educación permanente.

Este clima de trabajo explica la intensa actividad desarrollada en los Centros, que se ha vertido en múltiples manifestaciones. Desde el elevado nivel alcanzado en la formación de los alumnos, especialmente probada en la Facultad de Medicina, que ha podido contrastarla con ocasión de las pruebas celebradas en Madrid para la admisión de graduados médicos en los Hospitales de la Seguridad Social, al número y calidad de las publicaciones de los profesores, la nutrida asistencia a congresos, la organización de reuniones científicas o la notable variedad y el crecido número de ciclos de formación complementaria.

Durante el pasado curso ha entrado en funciones el nuevo Edificio de Ciencias, que se une a los dos anteriores para albergar las Facultades de Medicina, Ciencias y Farmacia y embellece el panorama circundante. Concebido por el arquitecto, Prof. Sobrini, para facilitar las tareas de los Departamentos interfacultativos y la proximidad, al menos en buen número de campos, de los locales de investigación y de docencia, ofrece suficiente espacio para alojar, si fuera necesario, nuevas enseñanzas, ya que permite una utilización máxima de los laboratorios, buen número de los cuales está puesto al servicio de las prácticas de dos o más disciplinas.



También a lo largo del pasado curso el Instituto de Periodismo ha ampliado considerablemente sus instalaciones de Radio y Televisión, lo que le permitirá intensificar las enseñanzas prácticas de ambas materias.

En San Sebastián, por otra parte, ha iniciado su vida el nuevo Colegio Mayor Universitario Ayete con sendos cursos para universitarios y graduados, desarrollados a lo largo de los meses de julio y agosto. Emplazado en una zona residencial no alejada del centro de la ciudad, su construcción ha sido posible gracias a la generosa colaboración de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián.

Las condiciones ambientales han permitido también que los Centros lograran las circunstancias apropiadas para reflexionar y planificar su futuro. Por no citar más que algunos ejemplos, la Facultad de Medicina y la Clínica Universitaria han dedicado mucho tiempo a estudiar conjuntamente la posible ampliación de la Clínica a quinientas camas; y las Facultades e Institutos que alberga el Edificio Central, han elaborado un primer plan de necesidades con vistas a la construcción futura de nuevas instalaciones que aliviarán la actual escasez de espacio disponible.

Una vez más parece probado que un ambiente de trabajo intenso como el del curso pasado hace más fecunda la colaboración de todos. Los defectos, las tensiones, los problemas, que existen siempre en un organismo vivo, encuentran solución y cauce adecuados cuando pueden abordarse de modo sereno, sinceramente, con espíritu crítico y deseos de mejorar la institución universitaria.

Las características ambientales a que me acabo de referir, explican también que durante el curso pasado se haya avanzado en el logro de una cierta ampliación del ámbito de autonomía de los Centros. De modo particular, el perfeccionamiento de un sistema presupuestario iniciado el curso anterior, ha permitido que las Facultades, Institutos y Escuelas empleasen con mayor flexibilidad los recursos disponibles y que disminuyese sensiblemente el número de consultas elevadas al Rectorado sobre cuestiones económicas.

De otra parte, la Comisión Permanente de la Junta de Gobierno ha logrado también, de una parte, imprimir mayor agilidad al estudio de las cuestiones propuestas por los Centros y, de otra, llevar el mayor número posible de temas a la deliberación o, al menos, a la información del Pleno de la Junta de Gobierno.

Resta, en este terreno, quien lo duda, mucho por perfeccionar, pero se han dado a lo largo del pasado curso, pasos de alguna consideración en las direcciones apuntadas.

También ha contribuido a simplificar algunos trámites la delegación otorgada por el Vicecanciller de diversas funciones que le competían, sobre nombramiento de algunos Profesores, designación de determinadas Autoridades académicas y aprobación de Reglamentos orgánicos y planes de estudios de los Centros de estudios civiles.

Por último, aunque no menos importante, ha constituido un extraordinario alivio en las tareas de la Comisión Permanente de la Junta de Gobierno, contar con la ayuda generosa de los Profesores, especialmente los de las Facultades Jurídicas, a quienes se ha acudido en demanda de asistencia técnica o de asesoramiento. La colaboración que han prestado en la dirección de la Universidad, ha supuesto sumar a su repleta agenda más cuestiones en que ocuparse. Por eso su disponibilidad merece la gratitud más cordial que me complazco en manifestar ahora públicamente.

## COLABORACIONES SOCIALES

La labor realizada no ha quedado circunscrita solamente al ámbito de la Universidad, sino que se ha extendido también a esa zona de confluencia con la sociedad que es el Consejo de Patronos para los Centros de Estudios Civiles. Reunidos el 20 de febrero de este año, los Patronos recibieron abundante información sobre diversos aspectos de la vida universitaria y deliberaron acerca del Reglamento por el que se ha de regir este organismo.



De justicia será hacer constar aquí el agradecimiento que debemos a las relevantes personalidades que constituyen el mencionado Consejo, pues no sólo viajaron a Pamplona en época ingrata, sino que posteriormente, al prestar su valiosa asistencia personal en gestiones diversas cerca de la Administración Central, cumplieron su deseo de no limitar su colaboración a la de un mero asesoramiento a través de las sesiones del Consejo.

De modo particularmente entrañable he de referirme aquí al fallecimiento en el mes de abril de D. Félix Huarte, ese hombre excepcional que ostentó la representación de la Excma. Diputación Foral en el Consejo de Patronos hasta comienzos de este año y demostró con obras, desde que se fundó esta Universidad, su cariño incondicional.

Ya en el terreno de las colaboraciones sociales, conocen ustedes probablemente que la Asociación de Amigos de la Universidad elaboró sus planes de desarrollo para el pasado curso en el II Consejo de Delegaciones que se celebró en Pamplona los días 11 y 12 de octubre con la participación de quince delegados. Como consecuencia de su eficaz gestión, lograron a lo largo del curso los objetivos propuestos, es decir, una subvención algo mayor que la del curso anterior. También es preciso agradecer muy vivamente a la Excma. Diputación Foral que haya aumentado y regulado su ayuda.

Si bien se trata en ambos casos de ligeros aumentos, es de justicia reconocer que tanto la Asociación de Amigos como la Excma. Diputación Foral hacen por la Universidad prácticamente todo lo que pueden.

Bien conocido es el fuerte déficit que genera la enseñanza universitaria. Actualmente en España la inmensa mayoría de los alumnos universitarios son subvencionados en casi el noventa por ciento de lo que cuestan. Por lo que a esta Universidad se refiere, esa subvención procede de la Asociación de Amigos, de la investigación o el trabajo de los profesores universitarios, de la Excma. Diputación Foral de Navarra y otras Corporaciones locales y, en pequeña parte, del Estado.

De aquí que quienes dirigimos la corporación universitaria seamos conscientes de administrar fondos de terceros y tratemos de corresponder a esta confianza agudizando nuestro sentido de responsabilidad. El desarrollo de la Universidad de Navarra está condicionado, por tanto, a directrices que arrancan de su nacimiento y, consisten, de una parte, en acomodar los gastos a los ingresos y no al revés, en comenzar siempre por los cimientos, desde abajo, y construir al ritmo que lo permiten los recursos previsibles; y, de otra parte, en extender la enseñanza gratuita a todos los que tengan las aptitudes necesarias y no posean medios económicos.

## ACTOS ADMINISTRATIVOS

El Ministerio de Educación y Ciencia ha dictado varias disposiciones en relación con la Universidad o alguno de sus Centros. Así, ha reconocido por Decreto 250/71, de 28 de enero, los estudios que imparte la Escuela Técnica de Ingeniería Industrial; ha designado un representante de esta Universidad, D. Jorge Carreras, en la Comisión Nacional de Investigación; ha autorizado la posibilidad que los mayores de veinticinco años que no posean los estudios previos requeridos accedan a los Centros de la Universidad; también ha autorizado que la Facultad de Ciencias pueda juzgar tesis de Secciones que no tenga establecidas; y, por último, ha aprobado las enseñanzas del Doctorado, iniciadas el pasado curso, en las Escuelas Técnicas Superiores de Arquitectura e Ingenieros Industriales.

Quedan aún pendientes de la oportuna disposición ministerial el reconocimiento del Instituto de Ciencias de la Educación; la aprobación de los planes de estudios de la Sección de Biológicas de la Facultad de Ciencias, y los de la Facultad de Filosofía y Letras; y, por último, el cambio del sistema de reconocimiento al que está acogida actualmente la Escuela de Arquitectura, por el previsto en el artículo quinto del Convenio de 5 de abril de 1962.

Por su parte, la Sede Apostólica ha aprobado por un período de cuatro años el Convenio suscrito el 18 de mayo de 1971 con el Estudio



Teológico de la Archidiócesis de Pamplona, que regula las relaciones de este Centro con la Facultad de Teología.

## PROMOCIONES

Un índice que permite juzgar sobre la calidad y el rendimiento de una Universidad es la relación, con el número de alumnos, del de Profesores, Doctores y Licenciados que salen de sus aulas. Por eso, aunque también suponga una pérdida muy sensible, resulta satisfactorio consignar que durante el curso pasado obtuvieron plazas en otras Universidades los Profesores mencionados a continuación. Don Luis María Gonzalo, la cátedra de «Anatomía y Técnica anatómica» de la Facultad de Medicina de la Universidad de Sevilla; don Gonzalo Herranz, la de «Histología y Embriología general y Anatomía patológica» de la Facultad de Medicina de la Universidad de Oviedo; don Rafael Jordana, la de «Fisiología animal y Zoología aplicada», de la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Laguna; don Joaquín Lomba, la plaza de Profesor Agregado de «Historia de los sistemas filosóficos», de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia; don Gonzalo Diéguez, la de «Derecho del Trabajo» de la Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca; y don José María Macarulla, la de «Bioquímica» de la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada.

El Dr. Gonzalo se reincorporó el pasado curso a la Facultad de Medicina de esta Universidad y, de igual modo, se reincorpora hoy a la misma Facultad el Dr. Herranz, después de haber servido durante el último curso en la Facultad de Medicina de Oviedo y el Hospital General de Asturias.

En lo que se refiere al grado que se otorga como remate del tercer ciclo, la Facultad de Medicina lo confirió, por primera vez en acto público, con ocasión de la festividad de San Lucas, a veintitrés Doctores cuyas tesis se habían juzgado desde junio de 1969 a octubre de 1970. Más adelantado el curso, el día de Santo Tomás de Aquino, asistíamos

en este Aula Magna a la investidura de otros cincuenta y ocho Doctores que habían leído su tesis desde el 1 de octubre de 1969 al 6 de marzo de 1971 en siete Facultades. Una de éstas, la de Teología, confería por primera vez el grado de Doctor. Precisamente por esto vale la pena consignar, pues constituye signo de la madurez alcanzada, que hasta el mes de julio la Facultad de Teología ha juzgado doce tesis doctorales, ahora en vías de publicación. También resulta digna de mención, por la novedad que presenta en nuestro país, la colación del grado de Doctor a tres graduadas de la Facultad de Derecho Canónico, que fueron calificadas el 12 de junio.

Las promociones de graduados del segundo ciclo han continuado con la misma característica de años anteriores, es decir, ha resultado muy elevada la proporción de los alumnos que obtuvieron la Licenciatura si se comparan con los que comenzaron sus estudios. Uno entre otros factores que contribuye a explicar este alto rendimiento es el constituido por las pruebas de admisión establecidas en casi todos los Centros, o su equivalente, el nivel del primer curso, en la Facultad de Derecho. De un total de 3.118 solicitudes recibidas, sólo se pudo admitir a 1.933 alumnos, buena parte de los cuales siguieron los Cursos de orientación que habían sido objeto de estudio en las Jornadas de Trabajo de las Juntas Directivas de Centros celebradas en mayo de 1970.

También en las Escuelas e Institutos universitarios han acabado sus estudios sendas promociones de profesionales —por vez primera, en el caso de la Escuela de Bibliotecarias—.

Y, por último, vale la pena consignar aquí una referencia a las primeras promociones de alumnos de las Universidades norteamericanas de Portland y New Hampshire que finalizaron sus estudios en nuestra Universidad durante el pasado curso. Pensamos que su estancia en Pamplona les habrá resultado grata, porque nosotros conservamos un excelente recuerdo de su afán por adaptarse al ambiente, sus canciones y su alegría discreta.



## ACTIVIDADES CIENTÍFICAS

Resulta tarea muy ardua, si no imposible, sintetizar brevemente las actividades investigadoras del cuerpo docente de esta Universidad. De una parte, la elección de los temas y las técnicas responde a criterios que define cada grupo de trabajo. De otra parte, si bien en todos los campos se puede señalar una característica común, que es la de centrarse en temas relacionados con la geografía, el derecho, la historia, la geología o la botánica de la tierra navarra, la industria de la provincia de Guipúzcoa o el mundo empresarial catalán, esto no excluye la elección de otros muchos centros de interés. Por añadidura, tampoco cabe referirse a una preferencia por las cuestiones básicas o las aplicadas, porque ambas son objeto de estudio para los grupos de investigadores de la Universidad de Navarra.

De aquí que, tras una alusión a los trabajos de investigación abordados por el Instituto de Ciencias de la Educación gracias a la ayuda del C.E.N.I.D.E., que inciden sobre la mejora del proceso y los métodos educativos en toda la Universidad, pase a referirme a cuestiones como las monografías publicadas o las reuniones científicas que han contado con la asistencia de profesores de esta Universidad, porque ambas constituyen un índice entre otros de la extensión y la intensidad que alcanzan las tareas de investigación.

De acuerdo con la orientación a que me he referido al comenzar respecto a la oportunidad de mencionar preferentemente lo que constituya alguna novedad, señalaré que, a lo largo del pasado curso la colección de libros de Teología se ha enriquecido con la publicación de tres títulos originales y que se ha inaugurado una nueva colección sobre materias empresariales que ha editado seis libros de profesores del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa.

De acuerdo también con la misma orientación, prescindiré de relacionar el abundantísimo número de los Congresos y otras reuniones científicas que han contado con la participación de profesores de la Universidad, para limitarme a reseñar sucintamente algunos de los celebrados en los diversos Centros.

En el mes de octubre el nuevo edificio de Ciencias fue escenario del V Coloquio y I Symposium Iberoamericanos de Alergología, las VII Jornadas de Genética Luso-Españolas y la reunión de la Sociedad Vasco-Navarra de Pediatría.

Durante el mismo mes, en el Edificio Central se celebraban buena parte de las sesiones del Congreso Nacional de Archivos y Bibliotecas y el II Symposium de Derecho Canónico organizado por el Instituto Martín de Azpilcueta, que estudió cuestiones relativas al gobierno central de la Iglesia. Las intervenciones de este II Symposium han visto la luz en el último fascículo de «Ius Canonicum», revista que, por cierto, ha adoptado el pasado curso una forma atractiva y singular entre las publicaciones de su género.

Más adelante, a mediados de febrero, tenía lugar el I Congreso de Directivos de Centros docentes organizado por el Instituto de Ciencias de la Educación; a comienzos de abril, la sesión conjunta de los Capítulos de Barcelona y Vasco-Navarro del *American College of Chest Physicians*; y en el mes de mayo, las Reuniones de las Sociedades Vasco-Navarras de Pediatría y de Cardiología.

También cabe mencionar otras reuniones de carácter periódico como las sesiones ya tradicionales del Seminario de Profesores de la Facultad de Derecho, y las Reuniones filosóficas del mes de marzo, junto con otras más recientes como las de la Sección local de la Real Sociedad Española de Física y Química.

## OTRAS ACTIVIDADES ACADEMICAS

De acuerdo con el propósito de aumentar el número de los Programas de perfeccionamiento dirigidos a graduados, a los que se celebraban en años anteriores, como los de varias especialidades que organiza durante el verano la Facultad de Medicina o el de cuestiones empresariales desarrollado por la Facultad de Derecho en colaboración con pro-



fesores del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa, ha venido a sumarse el año pasado el curso sobre «Trabajo social en la Medicina Hospitalaria» desarrollado durante el mes de mayo por la Escuela de Asistentes Sociales, y el Seminario de los antiguos alumnos europeos de la *Harvard Business School* celebrado el mismo mes en locales del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa.

Entre todas las sesiones académicas celebradas por los Centros, requiere un comentario especial, por lo que supone de arraigo de la Universidad en esta tierra recia y de gratitud hacia quien supo colaborar generosamente desde el nacimiento del Estudio General de Navarra, el homenaje organizado por la Facultad de Filosofía y Letras a D. José Esteban Uranga, quien aportó siempre desde la rectoría de la muy prestigiosa Institución Príncipe de Viana la preciosa ayuda de su extraordinario talento y su grandeza de espíritu.

Por otra parte, el curso que acaba de transcurrir ha sido sin duda el que ha visto desarrollarse en el ámbito de la Universidad el mayor número de actividades de carácter complementario.

En ocasiones organizadas por los Centros, los Colegios Mayores, Convictorios y Residencias, la Dirección de Información, el Lectorado de Alemán o la cátedra de Música de la Facultad de Filosofía y Letras y, en buen número de ocasiones, promovidas por los organismos que dependen de la Dirección de Estudios, especialmente la activa Comisión de Programas Culturales, raro ha sido el día en que las carteleras no anunciaban dos, tres, y hasta cuatro posibilidades de completar la preparación que se adquiere en los cursos regulares.

En el terreno deportivo merece destacarse la competición de nuestros atletas con los de la Universidad de Lovaina a finales de octubre y, especialmente, las cinco medallas de oro, las tres de plata y otras tres de bronce, obtenidas en los Campeonatos Universitarios de España y en los Nacionales de Natación y Atletismo, porque estos últimos resultados son los más brillantes alcanzados desde que los representantes de esta Universidad participan en las competiciones de carácter nacional.

Dentro del ámbito artístico y cultural, a los muy abundantes ciclos de conferencias que ofrecían un amplio abanico de posibilidades formativas, se han sumado los de cine artístico o científico, los de música para todos los gustos —desde un concierto de órgano en el que se interpretaron obras de contrapuntistas, hasta audiciones comentadas de música progresiva—; exposiciones, concursos de fotografía, poesía, guiones cinematográficos, escultura o pintura; o las actuaciones de los grupos de teatro y los Coros. Uno de estos últimos, por ejemplo, no se limitó a aparecer en público varias veces en el *campus* de Pamplona, sino que ofreció una audición durante el mes de marzo en Valladolid, adonde acudió invitado por aquella Universidad.

Algunas de estas actividades no se dirigieron exclusivamente a los alumnos. Del 6 de marzo al 17 de abril, por ejemplo, se desarrolló en sábados sucesivos un programa específico para el personal administrativo y subalterno.

Si a todo lo anterior se añaden las actividades especiales organizadas por algunos profesores, tan dispares como el Seminario sobre la comunicación humana dirigido por el Prof. Martínez Doral, los hallazgos del grupo de Arqueología en sus excavaciones de «La Atalayuela» y la visita a la urbanización ZUP de Bayona realizada por cincuenta alumnos de la Escuela de Arquitectura, o por grupos informales de estudiantes y profesores como la *English Speaking Union* o el Club Cántabro, tenemos un boceto que sólo refleja de modo imperfecto la inmensa variedad del cuadro de las actividades de todo tipo desarrolladas a lo largo del pasado curso.

## RELEVOS

Han cambiado durante el curso buen número de las personas que ocupaban cargos directivos. Aludiré sólo al cese del Bibliotecario General, a la designación de D.<sup>a</sup> María Luisa Astrain como Director de Es-



tudios de la Universidad y al nombramiento de D. Jesús Jaime Vázquez como Decano de la Facultad de Ciencias.

D. Alvaro d'Ors fue el primer Bibliotecario General de la Universidad. A lo largo de los ocho años que duró su mandato puso todo su gran talento y una dedicación ejemplar al servicio de la creación de las Bibliotecas. Gracias a él son hoy una realidad esos formidables instrumentos de trabajo científico. Pienso por eso que la Universidad de Navarra tiene contraída con él una deuda impagable.

D. Diego Martínez Caro desempeñó la Dirección de Estudios, también a lo largo de ocho años, con generosidad que merece el agradecimiento de todos. Le ha sustituido la Sra. Astrain. Vocal desde hace tres años de la Comisión de la Dirección de Estudios, viene a ser ahora la primera mujer que pasa a formar parte de la Comisión Permanente de la Junta de Gobierno.

Por último, el nuevo Decano de la Facultad de Ciencias sustituye a D. José González Ibeas, que hubo de trasladarse a Barcelona después de un servicio abnegado de seis años. El Dr. Vázquez se formó en esta Universidad, pasó a servir durante el curso 69-70 y parte del pasado la cátedra de «Citología e Histología» de la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Laguna y se reincorporó a su Facultad de procedencia a mediados del curso pasado.

La idea de relevo está siempre presente en la comunidad académica. Y le imprime ese dinamismo que constituye una de sus características esenciales. El cambio será siempre necesario para que permanezcan los fines últimos de la Universidad.

La movilidad propia de esta institución va a ponerse de manifiesto en la sucesión de quienes desempeñan tareas de dirección, en las promociones de profesores y graduados y, de modo particular, en los alumnos que se incorporan cada curso a la comunidad académica. Ellos hacen posible que la institución universitaria perviva. Ellos estimulan

que la libre búsqueda de la verdad no quede en mera contemplación ociosa de la verdad nueva.

Por eso, al expresar la aspiración de que el curso que hoy se inicia, nos depare el logro de las metas más ambiciosas en nuestra andadura universitaria, deseo dedicar a quienes hoy se incorporan a la Universidad en calidad de docentes y especialmente a los nuevos alumnos, la más cordial de las bienvenidas.

**Lección inaugural, leída por el Prof. D. Luis Moya,  
de la E. T. S. de Arquitectura**





**«El Código expresivo en la Arquitectura actual»**



Excmo. y Magnífico Señor Rector,  
Excmos. e Ilmos. Señores,  
Compañeros y alumnos de la Universidad de Navarra,  
Señoras, Señores:

Alguna explicación requiere el hecho de que la lección inaugural del curso corresponda a la Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Esta explicación, y también justificación, puede tener una doble base: por una parte, la arquitectura hace ámbitos en que todos vivimos, y por ello puede tener un interés general el conocimiento de su realidad actual; por otra parte, hay ahora problemas graves, teóricos y prácticos que es deseable comparta toda la Universidad.

## 1.—FUNCION Y FORMA

Por tradición, la teoría de la arquitectura consideraba este arte como una dialéctica entre función y forma. Aquella era, para muchos tratadistas, determinante de ésta. «La forma sigue a la función» era una expresión casi axiomática. La función, por su parte, tenía un doble aspecto. Por una parte, se refería al uso para el que debía servir el edificio, cuyo uso se determinaba antes y con independencia de la arquitectura que había de servirlo. Por otra parte, la función se refería a las imposiciones de las reglas de la buena construcción, y a las limitaciones correspondientes. Esta era la manera racionalista de entender la arquitectura, tal como la han expuesto el abate Laugier y el Conde Algarotti en el siglo XVIII, Viollet-le-Duc en el XIX y Le Corbusier en el XX.

La forma, sin embargo, se rebelaba a veces contra este determinismo de dos modos diferentes: el modo superficial, que sobre una construcción racionalista ponía una decoración libre, ó el modo profundo que modificaba la propia construcción hasta el extremo de imponer un uso adecuado a esa forma. Del primer modo se encuentran ejemplos en el barroco español del siglo XVII, y del segundo en el «art nouveau» de fines del siglo pasado. En la obra de Gaudí pueden verse ambos modos, y su magistral obra última, la Sagrada Familia de Barcelona, impone su forma y lo que simboliza sobre las condiciones litúrgicas a las que sirve.

## 2.—SIGNIFICACION

Este racionalismo no era invención del siglo XVIII, puesto que sus raíces se encontraban en las numerosas ediciones de Vitrubio que se suceden, a partir de una incunable en latín, durante los siglos siguientes y en casi todas las lenguas europeas. Sin embargo, y no obstante el conocimiento de la obra de Vitrubio que poseen los racionalistas del sistema función-forma, queda fuera y olvidado un tercer elemento muy importante en la obra del arquitecto de Augusto: la expresión, la simbología, el código por el cual la arquitectura es un medio de comunicación. El desconocimiento de elemento tan importante no podía suprimir este aspecto, sino sólo ocultarlo temporalmente, como ocurrió a principios del siglo XIX en muchos casos, de los cuales basta citar la iglesia de la Magdalena de París. En ella, ningún signo de cualquier código arquitectónico revela su condición de templo cristiano. Sólo porque tiene la Cruz y algunas imágenes se sabe que aquel edificio es una iglesia, y no la Bolsa de la misma ciudad, a la que se parece mucho, aunque este edificio carece del frontón clásico que tiene la Magdalena.

La reacción violenta, pero muy ingenua, contra tal reducción de la arquitectura al binomio función-forma se realiza en el eclecticismo del mismo siglo, para el cual el edificio es signo ante todo, y el nuevo código de signos, perdidos ya los vigentes desde la Antigüedad hasta el fin del Antiguo Régimen, tan sutiles y tan precisos dentro de cada uno



de los estilos que se sucedieron a lo largo de tantos siglos, es un código de una tosquedad increíble: las iglesias se reconocen porque son góticas, o al menos románicas o bizantinas, las Bolsas y Bancos porque tienen columnatas romanas, los edificios del Gobierno han de parecerse a palacios del renacimiento, y si son muy importantes, como los Capitolios americanos, se coronan con una cúpula imitada de la de San Pedro de Roma o de otras semejantes. Del mismo modo, los sepulcros eran de estilo griego arcaico o egipcio, y hasta las casas burguesas eran góticas o renacentistas según fuesen las ideas religiosas y literarias de sus propietarios.

Toda esta mascarada historicista termina entre el fin del siglo pasado y el principio de este. Viene el modernismo, el art nouveau, el modern style, el Jugend Stile, la secesión vienesa, y otras variantes de una nueva idea de la arquitectura y de las artes en general. Esta nueva arquitectura acaba con las expresiones literales, o que pretendían serlo, de los estilos antiguos que significaban las funciones de los edificios, pero no renuncia a significarse con las nuevas formas. Como la duración del estilo nuevo fue muy breve, no hubo tiempo para constituir un nuevo código completo, de modo que en sus obras aparecen más restos del eclecticismo anterior que los que se deseaban, y así la obra religiosa de Gaudí manifiesta raíces góticas, en tanto que el Palacio Güell tiene un origen renacentista muy claro. Más manifiesto aún es el carácter renacentista - barroco de la iglesia que proyectó para Viena el gran secesionista Otto Wagner.

Puede resumirse la situación como una transformación superficial, decorativa o poco más, de los sistemas estructurales de la época anterior. El hierro, de empleo ya antiguo, pues en 1808 Bélanger hace la gran cúpula de hierro y cristal del Halle au Blé de París, y el hormigón armado, más moderno pero en rápido desarrollo, no sugieren apenas nuevas expresiones dentro del nuevo estilo. A todo ello dá fin el nuevo racionalismo, que iniciado a fines del siglo en medio de la hojarasca del modernismo, alcanza su madurez y su expresión mundial, a partir de la publicación, en 1923, del primer libro importante de Le Corbusier, «Vers une Architecture». Desde ese tiempo desaparece toda decoración de cualquier estilo, y también toda forma anterior signifi-

cativa. El nuevo estilo, y los que sucesivamente han aparecido, han de inventar su propio código, y también han de conseguir que sea comprendido por todos. Esta necesidad tan actual explica el interés creciente por los estudios estructuralistas y semiológicos, y cómo se podrían aplicar a la arquitectura.

### 3.—SEMIOLOGIA

Estos estudios se habían desarrollado hasta hace poco tiempo en la lingüística y en la sociología, y aún en la etnografía, pero no en la arquitectura, y es de sentir este retraso, pues desde la fecha citada de 1923 era acuciante su necesidad en un arte que acababa de prescindir totalmente de sus códigos de comunicación anteriores.

Sin embargo, ya en 1916 postulaba Saussure la creación de una ciencia general de los signos, o Semiología, de la que la lingüística sería sólo una parte (Roland Barthes). De este modo quedaba el camino abierto para el estudio de cualquier actividad humana que debiera ser comunicable, lo que conviene especialmente a las artes, y más que a las otras a la arquitectura. En efecto, se puede soslayar la comunicación, cuando no se desea, de obras de pintura, escultura, música o poesía, pero no se puede evitar la arquitectura, ya que todos somos prisioneros de ella, y es arte de todos para todos.

El estudio de la semiología propia de las artes es relativamente reciente, y presenta grandes dificultades en el caso de las artes de nuestro tiempo. A pesar de la idea original de Saussure, lo cierto es que hasta hace poco, la semiología se ha aplicado casi exclusivamente al tema de la lingüística y también, desde Levy-Strauss, a la etnografía. Ambos temas son de tratamiento relativamente fácil, porque se trata de estructuras de lenta evolución. En la lingüística se ha considerado el doble aspecto de lenguaje y habla, atribuyendo al primero el carácter de un sistema o estructura cuyas partes se articulan en una solidaridad sincrónica, en tanto que el habla es un conjunto de convenciones sociales, que varía según cambian éstas, pero apoyándose en la



base del lenguaje, cimiento firme que sólo muy lentamente se deja modificar por la evolución del habla. Este es el aspecto diacrónico del estudio lingüístico, que permite comprobar la resistencia al cambio que presentan las estructuras de los lenguajes en todos los tiempos. Incluso en el actual, se observa este inmovilismo de las lenguas europeas, en contraste con la rapidez de los cambios sociales, económicos, políticos, científicos, técnicos y artísticos que experimentan estos mismos países europeos donde rigen tales lenguas. El habla, que al fin consigue, o conseguirá, mover un poco el lenguaje, sí que cambia rápidamente en ciertos campos, como son el científico y técnico, y el literario y artístico. En estos campos el nuevo modo de hablar llega a constituir verdaderos «idiolectos», propios sólo para sus iniciados, por ahora, pues acabarán por extenderse al campo del lenguaje en general, como se va comprobando ya en algunos casos especiales.

#### 4.—LENGUAJE ARTISTICO

En los «idiolectos» se observan dos clases: unos son propios de grupos de especialistas, físicos por ejemplo, y comprendidos por todo el grupo llegan a ser lenguajes; otros, literarios y artísticos, tienen el doble aspecto de ser lenguajes de grupo, como los anteriores, en las cuestiones generales, y de ser expresiones o «idiolectos» personales de cada artista. Cada uno de éstos, en efecto, crea junto con su obra su propio código, que en consecuencia sólo comprende él mismo, y por ello se incomunica con los demás. Va esto contra la propia esencia del arte, que es la comunicabilidad, incluso, en otros tiempos, de lo que puede expresarse por la escritura, como se ve en las «Biblias de piedra» que son las iglesias medievales, obras necesarias cuando muy pocos sabían leer. Pero siempre, y aún en casos como éste, las artes plásticas y la música han expresado y comunicado por medio de códigos accesibles a todos, lo inefable, lo que no puede expresarse con el lenguaje. Por ello, el artista actual, pintor, escultor o arquitecto, se ve obligado a explicar de palabra lo que ha querido expresar con su obra. Las presentaciones obligadas en catálogos de exposiciones y en revistas de arte tratan de explicar el código, el «idiolecto» del artista,

para que su obra no sea «incomprendida», y este hecho constituye uno de los fenómenos semiológicos más curiosos de nuestro arte actual: la obra de arte, cuyo fin es expresar lo inefable, ha de ser explicada por el lenguaje. Aplicando la terminología de Umberto Eco, el arte actual necesita una relación de «connotación», o sea un subcódigo particular, que es traducido por una relación de «denotación», relación directa fijada por el código general del lenguaje. El «signo» con que se expresa el artista sería, siguiendo a Barthes, «arbitrario», ya que se funda artificialmente en una decisión unilateral.

## 5.—EL CODIGO EXPRESIVO EN LA ARQUITECTURA

Este es el problema de la arquitectura actual en su aspecto semiológico, ya que ha prescindido de todo el código de signos tradicionales, que era comprendido por todos. Era un código colectivo compuesto de signos que equivalen a los símbolos que estudió Jung. La universalidad de su comprensión se deriva de una tradición que empieza desde los niveles más arcaicos de la mente, desde el inconsciente colectivo. Siguiendo a Jung, la transmisión de estos símbolos se habría hecho de padres a hijos, desde los tiempos más primitivos, de un modo inconsciente por medio de actos mágicos en ciertos pueblos, y actos religiosos en otros. Además, la genética molecular de hoy podría explicar esta transmisión en términos puramente biológicos. De todos modos, sea por tradición explícita, sea por razón genética, o bien por la suma de ambas, lo cierto es que en el curso de la historia aparecen reiteradamente ciertas formas simbólicas significantes, que aluden a significados no siempre iguales para una misma forma, pero que también se reiteran. Esta relación variable entre signifiante y significado no es casual, sino que obedece a las circunstancias mudables de los tiempos y de los países. Por otra parte, cada vez que nuevas circunstancias cambian el significado de una forma, ésta se modifica también, pero sin perder nunca su carácter original. Es interesante comparar la amplitud y la rapidez de los cambios históricos con la pequeñez y la lentitud de las modificaciones que experimentan las formas significantes de esos cambios. Incluso en las revoluciones francesa y rusa faltó el cambio de formas artísticas proporcionado a tan grandes acontecimientos, y en ambos se



volvió, en contra de las artes avanzadas pre-revolucionarias, a un academicismo riguroso procedente de los antiguos regímenes derrocados. Esta constancia en la mente humana, y más exactamente en el inconsciente colectivo, de ciertas formas simbólicas que Jung designa como arquetipos, se comprueba en arquitectura cuando se estudian algunos elementos de los que constituyen el código de signos de este arte.

## 6.—EL SIGNO DE LA CAVERNA

La caverna es el signo de la seguridad y de la protección en el antiguo código semántico de la arquitectura. Es símbolo del claustro materno, del refugio de la familia o de la tribu primitivas, del «bunker» y del refugio subterráneo en las guerras. Sus formas se emplean hoy, expresando el temor latente en la humanidad actual, incluso en casas familiares. Es característica de estas casas muy modernas la carencia de subdivisiones, imitando la caverna del paleolítico o el antiguo hall inglés, porque el miedo inconsciente conduce a agruparse todos en un gran espacio indeferenciado donde se realizan todas las funciones, y también es típica su dimensión adecuada para una sola familia, o para una tribu del nuevo estilo que preconiza McLuhan, así como es típico su aislamiento respecto de las colectividades grandes, por razones de egoísmo familiar o tribal, o de temor hacia el resto de la sociedad.

La caverna original adquirió poco a poco un sentido religioso, primero por la invocación dentro de ella a dioses protectores de la seguridad familiar o tribal, y más tarde, al crecer esta significación, y disminuir simultáneamente la necesidad de protección material, quedó casi exclusivamente el aspecto religioso, ligado al culto a los antepasados. Con ello creció la altura del ámbito y la regularidad de la forma, de modo que el primitivo refugio para unos pocos acabó siendo lugar sagrado para un pueblo entero. El llamado «Tesoro de Atreo» en Micenas corresponde a esta etapa. La caverna es ya cupuliforme, y con ello el viejo significado de lugar de protección se enriquece con el nuevo de imagen del Cosmos, redondo según el concepto antiguo. La perfección de esta nueva etapa se alcanza en el Panteón de Roma, ca-

verna redonda abierta al cielo por el gran óculo, en el que se hacen presentes las dos grandes «luminarias», el Sol y la Luna, cuyos rayos recorren las superficies del gran ámbito, enlazando lo estático de éste con lo dinámico del cielo físico. La cúpula de Miguel Angel sobre S. Pedro de Roma continúa la vigencia de este signo, imagen cósmica donde las vidrieras transparentes unen el interior con el cielo, como lo hace el óculo del Panteon.

Esta cúpula es un arquetipo durante siglos, pero sus imitaciones fueron olvidando el significado original, lo «desmitificaron», y acabaron en un simple significado de poder político, hasta llegar a su más banal expresión en Capitolios provincianos de Estados Unidos. No acaba con esto el poder de este signo, pues ahora, con un significado diferente, se repite en las cúpulas de Buckminster Fuller, quien después de haber construido muchas para los usos más diferentes, como Palacios de exposición o depósitos de locomotoras, proyecta ahora una capaz de cubrir una ciudad de 150.000 habitantes. Encerrados en esta cúpula transparente, vivirán separados del medio exterior, de la naturaleza, en una ecología artificial, protegidos y aislados como en la caverna primitiva. La opacidad de la cúpula cavernaria y la transparencia de la cúpula de B. Fuller cumplen la misma función, pero son los extremos de una larga cadena de mutaciones en significantes y significados, que al fin se cierra sobre sí misma, porque la mente temerosa del hombre tecnificado de hoy no es muy diferente de la mente del hombre de las cavernas. Al ascender éste al nivel de lo religioso rompió su encierro y su miedo, y lo mismo puede conseguir hoy el hombre religioso con su acción optimista sobre la técnica, a la que no debe servir, sino servirse de ella para ejercer el dominio sobre la naturaleza que Dios le encomendó. El valor cambiante de este signo de la caverna, dentro del código semiológico de la arquitectura, ha sido accesible al inconsciente colectivo de cada época, pero es necesario recordar que las mutaciones referidas se deben a mentes individuales que actuaron plenamente, en todos sus niveles, y no al inconsciente colectivo, cuyo oficio no es la creación artística, sino la recepción y almacenamiento de lo que procede de los niveles superiores de la mente de artistas individuales. Causas individuales de estas mutaciones serían el ignorado autor del Tesoro de Atreo, el posible arquitecto del Panteón, Apolodoro de Damasco o quizá el propio Adriano, Miguel Angel y B. Fuller.



## 7.—EL SIGNO DE MENHIR

El menhir es otro signo del código arquitectónico vigente en el inconsciente colectivo. Es origen de dos formas: el obelisco y la columna. Ambos son al principio objetos sagrados, y se cree ahora que fueron símbolos solares, quizá porque hacían el papel del «gnomón» en un reloj de sol, y por el motivo más importante de que su afirmación de verticalidad simbolizaba la fuerza que emanaba del «Padre Sol», dador de la vida vegetal, y a través de ésta, de la vida animal y humana. Las trayectorias de ambos símbolos difieren en muchos aspectos: del obelisco y de su pariente la estela se pasa a los pilonos egipcios y a las torres-pagodas de India y China, a los monumentos y a los rascacielos; de la columna, al principio aislada y parecida a las posteriores jónicas y corintias, y colocada en medio de un terreno cercado, «temmé» o «templum», deriva el monumento, como en el caso anterior, cuando el antropomorfismo helénico, descontento con la abstracción que es la columna divina, la remata con una figura pequeña para recordar de un modo realista la divinidad, que sigue siendo la columna, y no la imagen. El menhir y la columna se multiplican en hileras, como se ve en Bretaña e Inglaterra, y se unen con dinteles las cabezas, tanto de los menhires como de las columnas, hasta llegar a las columnatas que rodean los templos griegos. Al fin pierde su carácter sagrado y se confunde con la columna estructural corriente, ya empleada en las primitivas construcciones de madera. El carácter sagrado de la columna se mantiene todavía en el Partenón, como lo revelan sus proporciones no adecuadas a razones constructivas ni prácticas. Lo pierde en Roma, donde es objeto prestigioso y propagandístico, o simple elemento sustentante. Un nuevo significado adquiere en el Renacimiento: es el signo de la Antigüedad resucitada, del Humanismo. Después vuelve, como en la antigua Roma, a ser signo de poder público o de orgullo privado. No es posible resumir la serie de cambios semánticos que experimentan los derivados del obelisco y de la columna desde el siglo XVI hasta hoy, pero basta señalar que en Washington se encuentra la mayor cantidad de columnas clásicas que quizá haya existido en la historia dentro de una sola ciudad, lo cual corresponde a su condición de Capital de un Gran Estado que sigue, quizá inconscientemente, la tradición de la columna como signo del poder, tal como se hizo en la antigua Roma. En la actualidad, el signo del menhir es el monumento o el rascacielos.

## 8.—EL SIGNO DE LA ESCALERA

La escalera es el signo de su propia función: la subida. En su sentido más antiguo es la subida al mundo de los dioses, expresado en las pirámides escalonadas, que son más antiguas que la de Cheops y más extendidas por todo el mundo, pues así son las de Oriente y América. Es para nosotros el signo de la subida a Dios, desde S. Juan Clímaco en el siglo VI hasta S. Juan de la Cruz con su «Subida al Monte Carmelo». Secularizado, es signo de la subida al Poder político, como en las inmensas escalinatas del Capitolio de Washington, o a la Cultura, como muestran las escalinatas de la Biblioteca del Congreso del mismo Washington y de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Es importante el hecho de que la subida al lugar sagrado, al Templo, no exista ni entre los griegos ni entre los cristianos, aunque sí en los Templos de la Roma antigua. Estos últimos tienen escalinatas para ascender al alto «podium» en que se apoya la columnata, pero los Templos griegos y los cristianos suelen estar muy poco elevados sobre el suelo. Es de notar que el Partenón tiene una escalinata en la fachada posterior solamente, y que la de S. Pedro de Roma tiene muy poca importancia en relación con la masa del edificio y con la amplitud de la Plaza. Parecía natural que el signo de la escalera precediese a nuestras Iglesias, si éstas fuesen sólo «Domus Dei et Porta Coeli», pero como además son casas para el pueblo de Dios, se han puesto éstas a su nivel, el de la calle, desde la época de las basílicas romanas y bizantinas, y durante la Edad Media, hasta el Renacimiento y el Barroco. Un curioso detalle confirma esta renuncia cristiana al signo de la escalera: la primitiva Basílica de S. Pedro en Roma tuvo una gran escalinata, obligada por la altura de la colina vaticana, pero en la actual Basílica se ha disminuido grandemente su importancia, haciendo con gran pendiente la parte de la Plaza que precede al Templo, y reparatiendo así el desnivel entre una rampa y una pequeña escalinata. Así que, en definitiva, al Templo cristiano se entra, no se sube, a diferencia de los antiguos templos que coronaban los zigurats de Mesopotamia y las pirámides de Méjico, en los que la subida, larga y penosa en general, era el símbolo del ascenso a lo sagrado. Una aclaración debe hacerse sobre el templo griego, que estaba muy poco elevado sobre el terreno circundante, y es que en Grecia lo sagrado era este terreno,



en el cual el edificio sagrado tenía sólo el papel de camarín para la imagen, aunque fuese un edificio tan grande como el Partenón. Lo que estaba en alto era este terreno, la Platea en que se asentaba el edificio, como se ve en Atenas, tanto en la Acrópolis como en el templo de Hephaistos. Sin embargo, también renunciaron, en general, a la escalera como medio de subida al terreno sagrado, y prefirieron la rampa. La escalinata actual de la Acrópolis es obra romana que sustituyó a la antigua rampa en zig-zag. En El Escorial es digno de nota el número impar de peldaños, que explica el P. Sigüenza como medio para conseguir que se llegue con el pie derecho, ya que, instintivamente, este mismo pie inicia la subida.

La sustitución de la escalera, signo tan anclado en el inconsciente colectivo, por la rampa, parece tener su origen, siempre, en alguna necesidad práctica. En la Acrópolis de Atenas era la procesión de las Panateneas, que con sus carros difícilmente hubiera podido ascender por una escalera. En S. Pedro de Roma, la enorme concurrencia de fieles hacía molesta y peligrosa la gran escalinata. En la actualidad, se hacen rampas en muchos estadios, en vez de escaleras, por la misma razón de las grandes masas de público que se reúnen en ellos. El signo de la escalera se enriquece desde el siglo XVI con un nuevo contenido, que es la dignidad terrenal en todas sus manifestaciones, desde la dignidad imperial en la escalera de Carlos V en el Alcázar de Toledo, hasta la dignidad de la Música en la gran escalera de la Opera de París. Parece un signo necesario para indicar la categoría de un edificio ante la gente, y sin embargo es un signo moderno introducido tardíamente en el inconsciente colectivo. El Palacio de Domiciano en el Palatino carecía de él, y al Salón del Trono se accedía desde la Plaza exterior con unos pocos peldaños, si bien a ésta Plaza había que ascender desde el nivel del Circo mediante una escalinata inmensa.

Actualmente, los ascensores, las escaleras mecánicas y las rampas han relegado a funciones de emergencia este antiguo signo o símbolo, tan cargado de significaciones diversas según los tiempos, con una notable excepción: la escalera helicoidal al aire, en un gran vestíbulo, que une sólo dos pisos por lo general; la gracia de su forma hace de ella un puro objeto escultórico, y con este nuevo significado se enriquece y continúa la larga serie de los antes mencionados.

## 9.—EL SIGNO DE LA CORNISA

Como último signo sencillo debe mencionarse el de la cornisa. Es muy importante entre los griegos, que por su horror al infinito necesitan limitar por arriba las estructuras cerradas, en el sentido de Lévy-Strauss, que son sus edificios. Prescinden de la cornisa los pueblos que no admiten un final en su mundo físico o metafísico, como se ve en la India, en Mesopotamia, en América prehispánica. También lo hacen los que no ponen límite a su ambición material, los autores de los rasca-cielos. Los motivos son muy diferentes, sagrados o económicos, pero tienen el rasgo común de la desmesura, la «hybris» que estudia Jung. Los neo-platónicos cristianos del Renacimiento italiano resuelven la ambigüedad de su situación entre la finitud griega y el infinito cristiano, rematando con enormes cornisas los edificios civiles, como los Palacios Strozzi de Florencia y Farnesio de Roma, en tanto que las iglesias tienen, sobre cornisas más ligeras, esas imágenes del Cosmos que son las cúpulas. Entre ellas ofrece especial interés semiológico el cambio de significado que experimentó la de Miguel Angel desde el modelo proyectado por él hasta la que se construyó muchos años después de su muerte, que es la que ahora vemos. En el modelo es redonda como el universo finito de los griegos, en tanto que la construida está peraltada lo bastante para sugerir un movimiento ascendente. El neo-platonismo de Miguel Angel creó un mundo cerrado lleno de tensiones internas de violencia insoportable, como el de los trágicos griegos, pero bastó la ligera elevación de la cúpula que ahora existe para resolver esas tensiones con una apertura a lo alto, al cielo. Se perdió el dramatismo, pero se ganó la serenidad. De paso, se resolvió un problema de construcción, ya que la cúpula de Miguel Angel tenía excesivas tensiones físicas, además de las ideológicas.

Ahora se hacen también cornisas de dos clases: unas no son pesos, sino alas, que flotan sobre el cuerpo del edificio sostenidas por el mínimo posible de apoyos; otras son una gran faja maciza que corona la construcción. Son éstas últimas signo de una gruesa capa protectora, que en realidad no se hace nunca, pero que sugiere la protección del «bunker».



Ambas clases de cornisa se contradicen: la primera es la escasa libertad que se permite el artista después de someterse a los condicionantes opresivos con que ha trazado el bloque del edificio, y esta libertad es comprendida por la colectividad; la segunda responde al conjunto de opresiones que rige todo el desarrollo del edificio, lo acentúa de un modo barroco, y expresa el temor inconsciente que comprende y comparte la misma colectividad.

## 10. —LA EPOCA DEL TEMOR

Este temor general a un futuro de amenazas nucleares, de explosión demográfica, de contaminación de aires y aguas, y de tantos otros riesgos no sospechados antes, es causa de una angustia colectiva que se manifiesta públicamente unas veces, pero otras queda soterrada en el subconsciente individual y en el inconsciente colectivo, niveles irracionales de la mente. El artista está llamado a expresar esta realidad irracional e inefable. Así lo hace Le Corbusier en sus obras recientes, las posteriores a 1940, como la Iglesia de Ronchamp, que es un castillo cubierto a la manera de un «bunker», cuya cubierta se manifiesta por una inmensa cornisa, y también en su último proyecto, el de un hospital en Venecia, donde quiere encerrar a cada paciente en una celda sin vista alguna al exterior, como si quisiera devolverlo al claustro materno o a la caverna primitiva. Contrastan estas obras con las suyas anteriores, donde todo era apertura al exterior, «comunidad con la naturaleza», signos del viejo optimismo de Rousseau. La inquietud ha entrado en escena con la segunda guerra mundial, y como en el «segundo Fausto» de Goethe se ha insinuado primero en algunas mentes privilegiadas, extendiéndose después a la mente colectiva. Esta actitud de temor es perfectamente lógica en el materialista mundo actual, ciego a la ayuda de Dios, pues si falta esta ayuda el futuro no puede pensarse más que como la suma de extrapolaciones de las líneas de desarrollo de cada aspecto del presente, conforme a las leyes del determinismo mecanicista, y esta suma es, semiológicamente considerada, el signo del desastre.

El temor al futuro condiciona el tratamiento semiológico del tema

fundamental de la arquitectura, que no es ya el edificio, sino la ciudad. Aquí la semiología quiere hacer política, pero en realidad plantea un problema ético al que proyecta las ciudades, sea modificando las actuales, sea trazando las nuevas. El problema consiste en la elección entre dos maneras de actuación: la primera es conservadora, y trata de resolver las dificultades que resultan del modo actual de vivir en las ciudades; la segunda es revolucionaria, y quiere hacer ciudades que impongan a sus habitantes una nueva forma de vida, que sería expresión de una nueva sociedad. La mayor parte de los semiólogos, incluso los marxistas, renuncian a la segunda solución, considerando que no es oficio del urbanista hacer la revolución por medio de la arquitectura, sino servir a la sociedad, pero previendo en sus planes los cambios que ha de experimentar en el futuro. Para terminar, han de dedicarse algunas palabras al porvenir.

## 11—SEMILOGIA DE LA CIUDAD

La sociedad futura, en todo caso, será urbana, no rural, como se comprueba en la tendencia actual de emigración del campo a la ciudad, acompañada del creciente encadenamiento de unas ciudades con otras que conduce a megalópolis, como la que se extiende ya desde Boston a Washington, o la que cubre la zona del Rhin junto al Rhur, o la proyectada de París al Havre. En estas megalópolis, la naturaleza es poco más que algunos parques, y es difícil ver, desde fuera, cuál sea el signo de la ciudad. Antes ésto era fácil, pues la ciudad era una estructura cerrada, limitada por sus murallas y coronada por sus templos o por sus catedrales. Excepción digna de notar fue la Roma imperial, no coronada por edificios religiosos solamente, como los del Capitolio y del Janículo, sino por el palacio de Domiciano en el Palatino. Tampoco ahora coronan las ciudades los edificios religiosos, sino los rascacielos de oficinas y de viviendas. Además del signo religioso, las ciudades han perdido su estructura arquitectónica adecuada a una estructura social. De aquí el drama del hombre moderno, un número en una masa amorfa dentro de un marco ciudadano «desmitificado», sin otros signos que los comerciales y los propagandísticos. Los edificios



no son, de por sí, signos de su función, y han de apelar a signos añadidos, como la Cruz en las iglesias modernas, para diferenciar éstas de los cines y teatros, cuya forma puede ser idéntica a la de aquéllas, ya que ninguna razón constructiva ni económica obliga a que sean diferentes las cubiertas de iglesias y de cines. Perdido en la bien llamada «jungla de asfalto», el hombre ha de guiarse por letreros, más ricos que los formados sólo por el alfabeto, pues a éste se añaden ahora los números, la Cruz, las señales de circulación, las marcas comerciales y otros signos indicativos de la función de cada elemento de la ciudad, sea calle o sea edificio.

El binomio función-forma era suficiente en la ciudad antigua, pues la forma de un edificio, siguiese o no la función, era signo de ésta. El signo estaba implícito en la forma. Ahora, en la arquitectura actual ocurre el fenómeno de que una misma forma sirva a distintas funciones: un rascacielos puede ser oficina, banco, hotel, vivienda, hospital; un amplio espacio cubierto, además de poder ser teatro, cine o iglesia, como se indicó antes, puede ser cancha deportiva, edificio de exposiciones. La tipología actual es muy limitada, en tanto que el número de funciones crece prodigiosamente en la sociedad actual, sin que den origen a nuevas formas que sean signos de ellas. De aquí la necesidad de añadir el signo a una forma que ha dejado de ser significativa de una función determinada. El código arquitectónico actual es tan limitado como el habla de un niño.

Dos nuevos conceptos sobre la arquitectura del futuro pueden cambiar esta situación. El primero es el de la prefabricación abierta, que permitirá montar y desmontar fácilmente los elementos de que se compone cada edificio. Estos elementos serían como las palabras, con las que pueden decirse muchas cosas, no como los simples fonemas previos al lenguaje articulado, que para el arquitecto serían los ladrillos, el hormigón, los perfiles metálicos. Los prefabricados serían el léxico del arquitecto futuro, que con ellos podría expresarse mejor que con los sonidos inarticulados de que dispone sólo ahora. No estuvo reducido a estos materiales brutos en otros tiempos, pues el estilo de cada época le daba las palabras del código arquitectónico apto para la expresión de su idea creadora.

El segundo concepto es el de la variación de los edificios, según la pida el perpetuo cambio de la vida individual y social. Este concepto está unido al anterior, y se quiere que los edificios se monten mecánicamente, que no se «construyan», para que sus modificaciones sean fáciles. El planteamiento de la megalópolis del futuro cuenta con una subestructura duradera de vías de tráfico, conducciones eléctricas y de flúidos de todas clases, y con edificios en continua transformación. Serían éstos perpetuas obras de creación artística, que, a imitación de algunas Catedrales españolas, irían cambiando ordenadamente su función, su forma y su signo a lo largo de los tiempos. Con ello se volvería, en una nueva manera, a la tradición oculta, pero viva, de una arquitectura siempre actual en la expresión y siempre comprendida por todos.

*Luis MOYA*

# INDICE

	<u>Páginas</u>
Palabras del Rector ... ..	5
Memoria leída por el Secretario General ... ..	13
Desarrollo institucional ... ..	16
Colaboraciones sociales ... ..	18
Actos administrativos ... ..	20
Promociones ... ..	21
Actividades científicas ... ..	23
Otras actividades académicas ... ..	24
Relevos ... ..	26
Lección Inaugural: «El Código expresivo en la Arquitectura actual» ... ..	29
Función y forma ... ..	33
Significación ... ..	34
Semiología ... ..	36
Lenguaje artístico ... ..	37
El Código expresivo en la Arquitectura ... ..	38
El signo de la caverna ... ..	39
El signo del menhir ... ..	41
El signo de la escalera ... ..	42
El signo de la cornisa ... ..	44
La época del temor ... ..	45
Semiología de la ciudad ... ..	46





Depósito Legal NA 1.311 - 1971

---

GRAFICAS IRUÑA — MAYOR, 44 — PAMPLONA, 1971





DIRECCION DE INFORMACION  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA